

Se reúnen aquí dos artículos del autor sobre un mismo asunto: la final de sendos Campeonatos de Bertsolaris, ocurridos en los años 1997 y 2005. El primer artículo fue publicado en el periódico *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria) el 1 de enero de 1998 y el segundo en la *Revista de Folklore* (Obra Social de Caja España, Valladolid), nº 302, 2006, 45-48. Ambos textos se complementan y manifiestan la evolución del propio autor en la comprensión y valoración del *bertsolarismo* como una modalidad particular del fenómeno más general de la poesía oral improvisada.

## UN CAMPEONATO DE BERTSOLARIS. DESDE EL ASOMBRO A LA EMOCIÓN

MAXIMIANO TRAPERO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria  
mtrapero@dfc.ulpgc.es

El día había amanecido claro, aunque aún está frío. Al sol, empieza a calentar un poquito, pero, en la sombra, las zonas de césped aparecen con escarcha. Son las diez de la mañana y un suceder de gentes cada vez más numeroso va en dirección al Velódromo de Anoeta, en grupos dispersos, pero en grupos: dos, cuatro, diez... Son de todas las edades, pero hay una gran abundancia de jóvenes, incluso muchos niños con sus padres, y chicos y chicas adolescentes; predominan los hombres pero van también muchas mujeres. Van todos bien abrigados, como a un lugar que necesita del abrigo, y de entre los jóvenes no son pocos los que llevan una pequeña mochila, como quien va de campo a pasar el día y lleva el bocadillo para resolver la comida. Pero van todos a un campeonato de bertsolaris.

Es San Sebastián, domingo 14 de diciembre de 1997, y se celebra en el Velódromo de Anoeta, un recinto acondicionado para la ocasión con más de 8.000 asientos. Es la final del Campeonato de Bertsolaris de Euskal Herria, que se celebra cada cuatro años. Un verdadero acontecimiento. Los organizadores me han dicho que se han vendido todas las entradas y la gente quiere estar en su sitio antes de comenzar el acto para no perderse ni un verso. La gente de San Sebastián y de todo el País Vasco sabe muy bien del Campeonato y la prensa del día lo anuncia, sin excepción, convenientemente, desde la primera página. Algunos periódicos, incluso, le dedican al acontecimiento todas las páginas centrales de su cuadernillo dominical con verdadero alarde de publicidad.

A medida que nos acercamos al Velódromo los grupos de gentes que antes iban dispersos están ya en una fila amontonada esperando la entrada. Chicos y chicas reparten propaganda de variado signo. La que más se reparte trae los nombres de los ocho bertsolaris finalistas del Campeonato con notas y un *bertso* -una estrofa- de cada uno de ellos, todo escrito en euskera. Sus nombres nada dicen a quienes nada conocen del bertsolarismo, pero se advierte que todos ellos tienen nombres y apellidos vascos: Andoni Egaña, Unai Iturriaga, Jesus Mari Irazu, Mikel Mendizábal, Sebastian Lizaso, Aritz Lopategui, Jon Maia y Maialen Lujambio. Sin embargo, para los aficionados y el público en general, cada uno de ellos es una figura. Antes han tenido que ganar en las eliminatorias previas, por provincias, en una concurrendísima competición a la que se han presentado más de 200 bertsolaris. En los alrededores del Velódromo empiezan a verse carteles con el nombre de cada uno de los contendientes con expresiones de *¡Aupa!* y otras parecidas entre signos de admiración, que interpretamos como gritos de ánimo y de apoyo a sus respectivos favoritos. Allí están también los camiones de la televisión y de las emisoras de radio con un marasmo de cables por todo el recinto, como ocurre en los grandes acontecimientos. Lo que se adivina por el movimiento del exterior parece digno de ser visto.

La primera visión del interior resulta impresionante. El recinto, gigantesco; las gradas no están

aún al completo, pero sí lo suficientemente llenas como para asustar; las que sí están ya ocupadas son las sillas de la parte baja del Velódromo. El escenario aparece iluminado y espectacular, en el centro de un lateral, con una enorme reproducción del cartel que ha servido para anunciar el Campeonato, lleno de micrófonos y adornado en sus extremos de grandes flores de pascua, rojas y blancas. Detrás, una gigantesca cortina negra que lo separa de las gradas traseras; encima, un enorme tinglado de luces y altavoces por los que sale ahora música tradicional vasca. Han instalado incluso una pantalla gigante para poder apreciar los primeros planos de los bertsolaris en su actuación. Distribuidas por todo el recinto, cámaras y cámaras de televisión, una fijas y otras con grandes brazos móviles: se va a retransmitir el Campeonato en directo por el canal autonómico de ETB. En el centro de la parte baja están las emisoras de radio y los periodistas destacados, ocupando tres largas filas de mesas, con cascos de auriculares y grandes micrófonos. Por aquí y por allí, muchos fotógrafos con cámaras de objetivos super. La parte más alta de las gradas está llena de grandes carteles con los nombres de los bertsolaris favoritos: «*Egaña Bigarrenai Bost Baitz*», «*Irazu - Maialen Ofizio Lanean*», «*Aupa Andoni*», «*Aupa Beltza*», «*Maialen Txapeldun*»...

Una cosa así, con tal despliegue de medios, que ha despertado tal interés en tal masa de gentes no puede ser un espectáculo anodino. Ni siquiera cotidiano. Porque no es un partido de fútbol, ni un concierto de rock, ni se celebra un mitin político. Es un campeonato de bertsolaris, es decir, ¡de poetas!, aunque su poesía sea improvisada.

Del fenómeno del bertsolarismo tenía yo referencias indirectas, pero nunca lo había visto en vivo, ni podía imaginar la implantación social que ahora compruebo que tiene. Como en tantos otros lugares del mundo, y aún del mundo hispánico, también en Euskadi existe una modalidad de poesía improvisada, como en Las Alpujarras y Murcia tienen el *trovo*, en Baleares la *glosa*, en Galicia la *regueifa*, en Canarias el *punto cubano*, y en México, Cuba, Puerto Rico, Venezuela y en general en toda Hispanoamérica la *décima*. Todo parece indicar que el fenómeno del bertsolarismo participa de unas leyes que son universales, por más que cada una de estas manifestaciones populares sean particulares en sí mismas. Y el bertsolarismo más, porque se fundamenta en una lengua tan distinta como es el euskera, en una cultura también tan diferenciada como es la vasca y con unas connotaciones ideológicas particulares, al menos en la actualidad. Toda consideración que se haga sobre el bertsolarismo, incluso desde la perspectiva de su implantación social, debe tener estas tres premisas en cuenta, porque si no, no se explica un espectáculo como el que nosotros estamos viendo ahora. ¿Cuándo y en qué lugar se reúnen más de ocho mil personas para estar oyendo versos durante más de ocho horas?

Sabemos que estamos ante un Campeonato y que éste no es la modalidad natural del bertsolarismo, como no lo es de ninguna otra manifestación de poesía improvisada. Ésta se muestra por lo general espontánea, o con una mínima organización, siendo siempre una actividad festiva y popular, sin demasiadas reglas que la restrinjan. Un campeonato, por el contrario, busca un ganador y para ello han de establecerse unos mecanismos de prueba, de competencia, unas dificultades programadas y un complejo baremo de calificación. En otros lugares no sería concebible un campeonato de poetas improvisadores, a lo más una controversia entre dos, pero ya sabemos la afición de los vascos por las competiciones. El campeón se convierte en una figura muy popular y estimada, en un verdadero líder: sus compañeros bertsolaris lo admiran y lo respetan, los niños le piden autógrafos, los ayuntamientos y las comisiones de fiestas de los pueblos lo solicitan más que a nadie para actuar en sus programas, las instituciones del País Vasco lo llaman de continuo para que represente a la cultura vasca dentro y fuera de sus fronteras, etc. Un campeón de bertsolaris entra en la historia de la cultura vasca. Y esa historia ha empezado a escribirse con mucho detalle: las listas de campeonatos y de campeones de bertsolaris del siglo XX se la saben ya muchos niños vascos mejor que la lista de los reyes godos, seguro.

El acto va a comenzar. Un presentador experto en el tema llama a los bertsolaris, que suben al escenario entre los aplausos cerrados y unánimes del público. Son ocho, todos ellos jóvenes, algunos

muy jóvenes, y hay una chica, la primera mujer que llega a una final en un Campeonato de bertsolaris; de los ocho, siete son universitarios, cuatro de ellos ya licenciados. Todo ello marca una nueva sociología del bertsolarismo. La lengua con la que el presentador habla y con la que los bertsolaris van a cantar es el euskera, ni una palabra en castellano, así que la organización del evento ha dispuesto un sistema de traducción simultánea para quienes hemos sido invitados y no hablamos esa lengua.

El presentador lee las reglas de la competición: habrá dos sesiones, una de mañana y otra de tarde; en cada una de ellas cada bertsolari tendrá que someterse a distintas pruebas, unas individuales y otras en controversia con sus compañeros; el orden de actuación y la confrontación entre ellos los decide un sorteo; los temas que en cada prueba deberá cantar cada bertsolari salen al azar de entre una bandeja de sobres cerrados que los contienen, elaborados previamente por una comisión de expertos y aficionados. Un jurado igualmente de expertos y aficionados calificará cada *bertso*, cada estrofa cantada; se tendrán en cuenta la métrica, la dificultad de rimas, el lenguaje, la música, el ingenio, la rapidez en la respuesta, la originalidad del pensamiento, la poesía. Al final, quien mayor puntuación alcance será proclamado Campeón y recibirá por premio mayor una txapela, la «Bertsolari Txapelketa 1997», el galardón más preciado para cualquier bertsolari.

Empiezan los bertsolaris, uno a uno, con un *bertso*, una estrofa de presentación. Se sitúan frente al micrófono, hieráticos, las manos atrás o en los bolsillos, y cantan. No hay instrumentación ninguna, sólo la voz del bertsolari, el ritmo muy lento, las palabras bien marcadas, casi silabeando, la melodía muy bella, la voz de todos ellos es potente, clara, bien timbrada, hermosa. Cada bertsolari elige la música que quiere para acomodarla a la métrica del *bertso* que va a cantar, y puesto que las estrofas pueden tener una gran variedad, las melodías pueden ser innumerables. Existe un fondo tradicional de melodías utilizadas para los *bertsos*, pero cada bertsolari las recrea y acomoda a su gusto. Con todo, la música de los bertsolaris suena a música tradicional vasca. Y el público, que ha seguido embelesado cada uno de los versos cantados por el bertsolari, llegado el final de la estrofa, repite el último verso junto al bertsolari, coreándolo y aplaudiendo al mismo tiempo. Esta es la única manifestación externa del público: repetir y corear junto al bertsolari los últimos versos de cada *bertso*, de cada estrofa, y aplaudir con mayor o menor fuerza según el gusto que le haya causado. En el resto, el público permanece en silencio absoluto, absorto en la actuación del bertsolari. ¡Qué diferencia de comportamiento entre éste y el público que asiste a otras manifestaciones de poesía improvisada, el cubano, por ejemplo, en una *canturía*, que habla, ríe, jalea al poeta, discute y grita! Aquello parece una fiesta, esto tiene ceremonia de liturgia; la décima se produce en un ambiente folclórico, sin reglas, el *bertso* en un ambiente de ceremonia. Apenas si veo comentar nada entre el público, entre los que han venido juntos, marido y mujer, padres y niños, jóvenes en grupo, si acaso una sonrisa de aprobación y una frase corta de valoración. Por lo demás, la comunicación existe al máximo nivel, pero sólo entre el bertsolari que canta y cada uno de los asistentes, no entre el público. ¡Qué curioso comportamiento de seriedad en un acto que es también folclórico, en el mejor de los sentidos!

El público que veo en Anoeta ha venido motivado y se muestra muy entendido. Me asombran la atención máxima y el respeto con que el público escucha la actuación de cada bertsolari; y me llama mucho la atención la repetición coreada que el público hace del último verso, como si lo hubiera adivinado, mejor aún, como si el poeta no pudiera acabar su estrofa sino con el verso que la acaba. Y en ese único momento se produce la descarga de toda la emoción contenida.

Por lo que vamos intuyendo, por la traducción que nos hacen de cada estrofa, por las circunstancias que en ella concurren y por las reacciones del público, el arte de los bertsolaris descansa más en la argumentación que en la floritura de cada verso, de ahí que haya que esperar el final de cada estrofa para percibir en plenitud los logros poéticos de la improvisación. Los temas que se les proponen exigen una sensibilidad de poeta, pero no menos de razonamiento lógico, argumentativo, más valiosos

en cuanto más original y sorprendente sea. La respuesta que dio Jon Maia al tema que le tocó en suerte, la reacción de un padre que encuentra una carta de amor a su hija de 12 años, fue, sin duda, bella, emotiva y original: «Sigue, hija, inténtalo, el amor es lo más hermoso del mundo», y por eso se llevó la ovación más cerrada del Campeonato. Pero no menos interesante fue la respuesta que Andoni Egaña ofreció al tema que le tocó en suerte, por muy prosaico y verdulero que parezca en su formulación: «Has ido al mercado a comprar una docena de puerros, has regateado 10 pesetas en la compra y en casa compruebas que son unos hermosos puerros». ¿Qué de poético se puede decir, así, de manera improvisada y en verso, y además cantando, por mucha sensibilidad poética que uno tenga? Y sin embargo, Andoni, por lo gran bertsolari que es, le sacó todo el jugo poético que una docena de puerros pueda tener, aunque ese jugo tuviera que resultar necesariamente irónico.

Ocho horas y media duró el Campeonato, con un descanso intermedio de dos horas para comer. ¡Ocho horas oyendo versos! Ciertamente el formato de un campeonato mantiene el interés hasta el final por saber el resultado de la competición, pero yo no advertí en ningún momento rostros de cansancio, ni manifestación de desgana, ni expresiones de hartura; al contrario, lo que vi fue un entusiasmo permanente, una atención contagiosa, el ensimismamiento colectivo que sólo producen los ritos de las religiones en las que se cree.

El ganador, por segundo campeonato consecutivo: Andoni Egaña, de 36 años, de Zarautz (Guipúzcoa), licenciado en Filología Vasca, hombre, pues, culto, de una fina ironía, dominador como pocos de los complejos recursos de la métrica del bertsolarismo. En él está bien representado el cambio sustancial que se ha producido en la poética del bertsolarismo en los últimos tiempos.

Una cosa me llamó poderosamente la atención y me ha hecho pensar. Tres días antes, el 11 de diciembre, ETA había asesinado a un Concejal del PP en Rentería. Y el día anterior, el 13, una impresionante multitud de más de cien mil personas se había manifestado por las calles de San Sebastián en contra del terrorismo. Pues hoy, día 14, en ocho horas de poesía improvisada, no oí ni un solo verso que se refiriera expresamente a esos dos acontecimientos, ni siquiera en alusión.

Yo aprendí mucho en el Campeonato de Bertsolaris de San Sebastián; supe más, mucho más, de la técnica del bertsolarismo, de sus formas de manifestarse, de la poética en la que se asienta, de las grandes diferencias que existen con otros tipos de poesía improvisada, etc.; pero supe además del apoyo que el pueblo vasco brinda al bertsolarismo, de la importancia que este fenómeno tiene en la vida social del País Vasco, de lo que tiene de esencia de una cultura autóctona, incluso de la ideología que se expresa a través de la voz de los bertsolaris. Y supe de la impresionante estructura organizativa que lo sustenta, con una Asociación de Bertsolaris, la Euskal Herriko Bertsozale Elkarte, que está desarrollando una labor verdaderamente encomiable, sin comparación posible con ninguna otra de los lugares y países en los que se practica el maravilloso arte de la poesía improvisada. Y pensé, de nuevo, con Yehudi Menuhin, que la civilización no es sólo coches y rascacielos, que la civilización, la verdadera civilización está allí donde un pueblo se reúne para cantar versos en su propia lengua.

**DESDE EL ASOMBRO A LA EMOCIÓN.  
UNA EXPERIENCIA DIGNA DE SER CONTADA:  
LA FINAL DEL CAMPEONATO DE BERTSOLARIS DE EUSKAL ERRIA 2005**

Es la segunda vez que asisto a la final de un Campeonato de Bertsolaris, fue el pasado día 18 de diciembre de 2005. La primera fue en diciembre de 1997. En el intermedio de estos ocho años personalmente he tenido la oportunidad de participar en un buen número de acontecimientos vinculados con el bertsolarismo en particular y con el arte de la improvisación oral en general, que me han proporcionado un conocimiento y sobre todo una actitud muy distintos ante este fenómeno a los que tenía antes.

Me impresionó tanto lo que vi en la final del Campeonato de 1997 que escribí un largo artículo titulado «Un campeonato de bertsolaris» (publicado en *La Provincia* el 1 de enero de 1998), que al decir de mis amigos los bertsolaris y estudiosos del bertsolarismo gustó mucho entre ellos, por lo que aportaba la visión de un foráneo a un fenómeno tan autóctono. De lo ahora visto en este Campeonato de 2005 me propongo escribir hoy, contando mis impresiones vividas y centrándome en los aspectos comparativos que el bertsolarismo tiene con otras manifestaciones de la improvisación oral cantada, y especialmente lo que de diferente advertí entre el Campeonato de 1997 y el presente.

Quien desde cualquier punto de España y aun del mundo entero desconozca el fenómeno de la improvisación oral, que vaya al País Vasco. Quien, aun sabiendo de su existencia, crea que es un arte caduco, rural y marginal, que vaya a Euskadi y procure asistir a uno de los cientos o miles de recitales, festivales o actuaciones de bertsolaris que a lo largo del año, en cualquier lugar y por cualquier acontecimiento tienen lugar, y verá la juventud y vitalidad que tiene. Y quien, incluso desde el ámbito de los estudiosos de este fenómeno, crea que el arte de la improvisación oral es estático y repetitivo, que no se pierda un Campeonato de Bertsolaris, aunque para ello tenga que esperar cuatro años, y comprobará que, por el contrario, la temática sobre la que se improvisa cambia, evoluciona y se ajusta a los asuntos que en cada momento preocupan a la sociedad.

En mi caso particular, si la sorpresa fue la impresión dominante que tuve en el Campeonato de 1997, por lo visto y oído en el Velódromo de San Sebastián, lo vivido hace apenas un mes en el Bilbao Exhibition Center de Baracaldo se tornó en asombro y en emoción. De entrada, por el público asistente. El Velódromo de San Sebastián acogió a unos 8.000 espectadores, el BEC de Baracaldo rondó o superó los 13.000 (en los dos casos pagando la entrada). ¿Cuándo y en qué lugar del mundo se han reunido 13.000 personas para oír cantar versos, poesía y solo poesía, *a capella*, tal y cual es tradición en el arte de la improvisación oral de Euskadi? ¡Y durante ocho horas!, desde las 11 de la mañana hasta las 8'30 de la tarde, con la sola interrupción intermedia de dos horas y media para la comida. ¡Y la edad de los asistentes! No podría precisar, pero creo que no menos del 50% eran jóvenes menores de 25 años.

Cuenta, y mucho, la actitud del público en una actuación de poesía oral improvisada. No es -no puede serlo-, desde luego, el público vociferante y bailarín de un espectáculo musical de moda que ahogaría con sus chillidos la voz de cualquier cantante si no fuera por la potencia atronadora de los altavoces. Por el contrario, el público del bertsolarismo asiste sentado, recogido en la concentración, atentísimo a cada uno de los *bertsos* (estrofas), casi con devoción religiosa, y sólo al final, cuando advierte la gracia del hallazgo poético o el ingenio en el desenlace del tema propuesto, sonríe, o ríe, y aplaude entusiasmado. Una actitud así no es la de un público pasivo, ni siquiera indiferente, sino, muy al contrario, la de un público entendido, seguidor y apasionado. En él se da eso que se llama «comunicación», el prodigio de la *performance* poética, en la que a una propuesta de uno de los

protagonistas de la acción, el poeta improvisador, le sigue de inmediato, como respuesta, la reacción del público para asentir con el aplauso o para discernir, quedando impasible, cuando la propuesta es anodina.

Y luego están los bertsolaris, en los que se ha producido una radical transformación respecto a su condición y a la sociología (edad, procedencia, nivel cultural, sexo, etc.) en que estaban tipificados en la tradición antigua. Los ocho finalistas de esta convocatoria eran todos universitarios, unos licenciados y otros aún estudiantes; la media de sus edades no superaba los 30 años; y entre ellos hay ya una mujer, gran conquista, en un mundo que ha estado desde siempre restringido al de los varones. Pero no sólo es el acto final del Campeonato, que se celebra cada cuatro años. Para llegar a él han tenido que pasar muchas eliminatorias, en las que han participado cientos de bertsolaris aún más jóvenes y han congregado en sus distintas sedes a muchos más miles de aficionados entusiastas del arte de la improvisación oral.

Todo ello demuestra una vitalidad y pujanza del bertsolarismo como nunca las hubo en el País Vasco. Y todo ello requiere de una organización formidable, capaz primero de ofrecer a la sociedad vasca una programación exigente, seria y competitiva, y capaz después de llevarlo a la práctica, de ejecutarlo. Y todo ello lo coordina la Asociación de Amigos del Bertsolarismo, una institución realmente admirable, a la que desde otras asociaciones del verso improvisado miramos como modelo, con el apoyo total, eso sí, de los medios de comunicación y de instituciones culturales, administrativas y políticas. Baste decir que los días inmediatos al Campeonato todos los periódicos provinciales y regionales dedicaron páginas enteras a dar noticias detalladas del acontecimiento, con entrevistas a los propios bertsolaris y a gentes de la organización, y que el mismo día de la final varios periódicos dedicaron suplementos enteros al Campeonato, que repartieron gratuitamente entre los asistentes. Y que la televisión autonómica retransmitió en directo y de manera íntegra la final, lo mismo que varias emisoras de radio. Y que ese mismo día, apenas dos horas después de haber proclamado al campeón, la televisión española del País Vasco emitió un programa resumen, de hora y media de duración, subtitulando los bertsos al castellano.

La organización nos pareció sencillamente perfecta: la entrada del público en el inmenso recinto del BEC, rápida y sin un solo contratiempo; el cumplimiento de los horarios programados, a rajatabla; la disposición del escenario, amplio y diáfano, dejando el protagonismo absoluto a los bertsolaris; el sistema de megafonía, sin un solo fallo; las proyecciones de video sobre la pantalla gigante del fondo del escenario que combinaban primeros planos del bertsolari que actuaba con otras imágenes del escenario, del público o del original y muy simbólico anagrama del Campeonato, llenas de eficacia y de buen gusto; la labor de los presentadores de la final, impecable y profesional; la respuesta del público, ejemplar en todos los aspectos; las atenciones que nos brindaron a los invitados foráneos, exquisitas y llenas de detalles; etc.

Lo dicho hasta aquí no pasa de contemplar los fenómenos externos, lo que cualquiera medianamente atento podría observar mirando a su alrededor. Pero ¿qué pasa en el escenario, qué hacen los bertsolaris, cómo cantan, de qué hablan, cómo articulan su actuación para que sea evaluada por un jurado que ha de determinar al final un ganador?

En todo ello el bertsolarismo se comporta de modo muy particular, de muy distinta manera al de las otras tradiciones de improvisación poética. Por supuesto que hay gestos o aspectos particulares del bertsolarismo para los que podrían buscarse paralelos aquí o allá, pero como fenómeno global es peculiar y único. Está primero el tema de la lengua en la que cantan, el euskera, que siendo tan incomparable nos priva a quienes no la hablamos de lo que en este caso es esencial: la formulación lingüístico-poética del tema sobre el que se canta. La Asociación de Amigos del Bertsolarismo tuvo con nosotros los invitados foráneos al Campeonato la imprescindible atención de ponernos un sistema de

traducción simultánea, pero aún así los valores poéticos de los bertsos se escapan. Están después las formas de expresión de los bertsolaris, que atienden a dos cuestiones diferentes, primero a la métrica a la que han de someter sus improvisaciones, de una gran complejidad y de una enorme variación, a diferencia del resto de las tradiciones improvisatorias que lo hacen, básicamente, en una única y prototípica forma: todos los iberoamericanos y los canarios en décimas, los andaluces y murcianos en *trovos* (quintillas), los gallegos en cuartetos, los de Mallorca en una doble cuarteta, los de Menorca en septillas, etc.; y segundo a la música, para la que los bertsolaris disponen de un repertorio de melodías amplísimo (se han catalogado más de 2.000).

Este aspecto de la música merece comentario añadido, pues es tan particular y tiene tanta importancia en el bertsolarismo: por lo hermosas que son sus melodías, que forman parte del patrimonio general musical del folclore vasco, bien conocido y ponderado por todos; por que se expresan *a capella*, sin instrumentación alguna, debiendo descansar toda la fuerza poética y comunicativa de los bertsos en la sola voz de los bertsolaris; y por lo buenos cantantes que deben ser éstos (y son excelentes, generalmente). En las otras tradiciones repentísticas el aspecto de la música, y en especial las cualidades cantoras de los poetas, son por lo general bastante más secundarias, quedando amparadas bajo la instrumentación de su propio género folclórico. Y a nosotros nos parece fundamental este aspecto: el poeta improvisador se manifiesta cantando, y por tanto poesía y música deben formar un conjunto armónico en que las calidades vayan parejas. Ciertamente que las calidades poéticas suelen ser mucho más apreciadas que las musicales, pero no hasta el punto de dejar éstas en descuido. Esto lo han entendido muy bien los murcianos, habiendo desarrollado un sistema mixto en que cuando a un improvisador no le acompaña la voz se sirve de un «intérprete» que canta los versos que él le va «apuntando». Y luego está la posición y la forma en que los bertsolaris cantan, de pie, casi inmóviles, concentrados, sin gesticulación alguna, mirando al suelo o con los ojos cerrados, y silabeando lentamente sus versos, con una seguridad aplastante, solemnemente, hasta el punto de aparentar un canto ritual.

Está luego el sistema de pruebas al que se somete al bertsolari en la competición, de gran complejidad por la variedad y número de formas, y que estimamos casi como un acto de resistencia. Sin duda que los ocho finalistas del Campeonato, después de haber sobrepasado las eliminatorias previas, son bertsolaris experimentados y completos, que dominan todos los recursos de la improvisación poética. Pero someterse a la final, con la presión que imprime la competición y la responsabilidad de ser en alguna manera representante máximo de un arte tan querido y estimado por el pueblo, ante la presencia de 13.000 personas y la retransmisión en directo por varias emisoras de radio y de una cadena de televisión, y la duración de las pruebas, siete horas sobre el escenario, debe ser una especie de prueba rayana en el heroísmo.

Y a todo ello ha de ponerse poesía. La poética que gobierna el bertsolarismo es muy distinta del repentismo cubano, por ejemplo, que pone los valores literarios y tropológicos por encima de los otros muchos aspectos que puede tener el arte oral de la improvisación. En el bertsolarismo predominan los aspectos argumentativos, la originalidad en la consideración del tema propuesto, la lógica del argumento expuesto por el poeta. Por ejemplo, uno de los temas que se le propuso a una pareja de bertsolaris fue que imaginaran un diálogo entre un árbol recién plantado y el palo que había de servirle de rodrigón en los primeros años de su vida. El tema nos pareció a nosotros original y muy sugerente, pues permitía una controversia entre lo nuevo y lo viejo, la vida y la muerte, etc., y hacia esas consideraciones se dirigieron los bertsos de Jon Maia y de Maialen Lujanbio, que eran los bertsolaris en cuestión. A nuestro juicio dijeron cosas bellísimas, como que la muerte (el palo) servía de sostén a la vida (el árbol), y que a cambio el árbol le regalaría las flores que cayeran de sus ramas, y cosas por el estilo. En el descanso del mediodía comenté yo con otro bertsolari experimentado (que había sido nada menos que campeón en una convocatoria anterior) lo mucho que me había gustado aquella poética visión de Jon y

de Maialen, pero él me la echó por tierra diciendo que habían fallado en parte de la argumentación porque la propuesta del jurado era la de un árbol «recién plantado», y éste no podía tener ya flores.

Noté en el comportamiento del público del BEC de este año una actitud bastante diferente a la que había advertido en 1997. Aquí se reía más, comentaba más, aplaudía más. Y se emocionaba. Bien sé que por mi desconocimiento del vasco no estoy capacitado para un diagnóstico que pretenda ser el verdadero, pero interpreté que esta actitud del público estaba directamente motivada por el tipo de bertsos que hacían los bertsolaris, mucho más cargados de ironía, con un sentido del humor que antes no advertía, con una visión más ecléctica de los temas, menos solemne y trascendente, más abierta a la duda o a la versatilidad. Si esto fuera realmente así se estaría produciendo un cambio importante en la poética del bertsolarismo, más tendente ahora a dar opinión que a crear opinión (porque la del bertsolari es una voz que se oye con mucha atención, que crea conciencia crítica), más próxima a la visión tolerante que a la doctrinal, más cargada de liberalidad, de inteligencia más fina, más sutil. Y en ello no me cabe la menor duda de que han tenido que ver la visión y la actitud que Andoni Egaña tiene de la vida y del propio bertsolarismo. Siendo Andoni el bertsolari actual más importante del País Vasco, habiendo sido anteriormente tres veces el campeón de Euskadi, el prestigio que tiene entre las nuevas generaciones de bertsolaris, de edades muy jóvenes y abiertos por naturaleza a la renovación, se ha traducido en un cambio de pensamiento y de poética que se manifestaron de manera muy notable en la final de este Campeonato. Pero el maestro sigue siendo maestro, y sus seguidores no han llegado todavía a su altura. Por eso consiguió Andoni Egaña su cuarta txapela de campeón.

Fue un hermoso espectáculo. A él asistieron familias enteras, juntos padres e hijos, de todas las edades; grupos de amigos mayores, hombres y mujeres; pandillas de jóvenes de ambos sexos, mezclados o por separado, algunos con los nombres o los retratos de sus favoritos en sus camisetas; una sociedad entera, sin fisuras ni vacíos generacionales ni de ningún otro tipo. Era evidente que lo pasaban bien; se reían, aplaudían, comentaban, y respetaban en un silencio absoluto las sucesivas intervenciones de los bertsolaris. Allí pudimos ver un acto dialógico completo. ¿De qué tipo? ¿Literario, musical, ideológico, de pensamiento? Cada uno podrá calificarlo de manera diferente, pero para mí fue, por encima de todo, un verdadero acto poético. Un tipo de poesía oral, improvisada y cantada a la que no estamos muy acostumbrados, y hasta es posible que desconocida por muchos, pero que continúa viva y que sigue cumpliendo la alta función de producir emoción. Nada menos.